

VI

A la mañana del sábado siguiente, y á la hora convenida, encontramos á sir Henry con el doctor esperando en el andén. Me acompañó Holmes á la estación, y por el camino fué dándome las últimas instrucciones y consejos.

—No quiero perturbar su imaginación, Watson—me dijo,—con teorías ni sospechas; lo que quiero es que me tenga usted muy al corriente de todo cuanto ocurra, por insignificante que parezca. La parte teórica queda para mí.

—¿En qué he de fijarme principalmente?

—En todo aquello que directa ó indirectamente se relacione con la muerte de sir Charles, y en las relaciones de amistad que entable sir Henry con los vecinos. He indagado algo estos días, pero no estoy muy satisfecho. Lo que sí me atrevería á asegurar es que ese James Desmond, heredero de la fortuna en el caso de que muriera sir Henry, es una excelente persona; de modo que la persecución no viene por ahí. Creo sinceramente que podemos abandonar esa pista. Ahora nos quedan las personas que rodean á sir Henry en el páramo.

—¿No sería conveniente, ante todo, que fuera despedido el matrimonio Barrymore?

—De ninguna manera; sería la equivocación más grande del mundo. Si son inocentes, cometeríamos una injusticia imperdonable. Si son culpables, perderíamos toda esperanza de descubrirlos y de probar su culpabilidad. No, no; por de pronto permanecerán en la lista de sospechosos. Si mal no recuerdo, en el castillo, además del matrimonio Barrymore, están el lacayo, el cochero y varios labradores. No muy lejos vive el doctor Mortimer, á quien tengo, dicho sea de paso, por persona honrada y respetabilísima. De su señora nada sabemos. Además viven por allí el naturalista Stapleton y su hermana, de quien he oído decir que es una señorita de grandes atractivos personales. Otro desconocido para nosotros es Mr. Frankland, de Laffer Hall, y unos cuantos vecinos más, según tengo entendido. Quiero que estudie usted muy de cerca el carácter de toda esa gente.

—Haré lo posible.

—Supongo que estará usted bien armado.

—Sí, me parece conveniente llevar armas.

—No pierda usted de vista el revólver ni de día ni de noche, y no descuide usted ni por un momento la más exquisita vigilancia.

Sir Henry y el doctor habían ya tomado asiento en un coche de primera, y pasamos á ocuparlo inmediatamente.

—No hay nada de nuevo—dijo el doctor contes-

tando á la pregunta de mi amigo;—pero estoy seguro de que nadie nos ha seguido en estos últimos días. Tanto sir Henry como yo hemos observado atentamente y nada de particular hemos advertido.

—¿Han ido ustedes siempre juntos?

—Hasta ayer tarde—respondió el doctor—en que fui á pasar un rato al Museo de Cirujanos.

—Y yo—interrumpió sir Henry—fui á ver la gente del Parque. Nadie se metió con nosotros ni fuimos molestados.

—No obstante, fué una imprudencia muy grande—dijo Holmes poniéndose serio.—Suplico á usted, sir Henry, que atienda mis consejos y no salga jamás solo de casa. Estoy seguro de que, si usted no me escucha, tendremos que lamentar alguna desgracia inesperada. ¿Encontró la bota que le faltaba?

—No, la he dado ya por perdida.

—¿Qué cosa tan particular—exclamó Holmes.

Nos despedimos cariñosamente de mi amigo, y cuando ya dejábamos atrás el bullicio y la algarabía de la estación, volví la cabeza hacia el andén y allí ví la silueta alta y severa del gran *detective*, contemplando con mirada distraída el tren que nos alejaba de Londres. El viaje fué rápido y lo pasé haciendo conocimiento más íntimo con sir Henry y el doctor.

Muy pocas horas después la tierra negruzca fué adquiriendo un color rojo, y los bien cuidados campos verdes, de exuberante vegetación, denotaban un clima, si bien más húmedo, también mucho más templado que el de la capital.

El joven Baskerville, que contemplaba el paisaje con mirada ansiosa, exhaló un suspiro de satisfacción al reconocer los rasgos peculiares de su provincia natal.

—He recorrido gran parte del mundo—dijo con entusiasmo—desde que siendo niño salí de aquí, pero aún no he visto país que iguale á éste.

—Todos los naturales de Devonshire son ustedes grandes patriotas—contesté sonriendo.—Siempre aseguran que no hay en el mundo entero provincia como la que les vió nacer.

—Eso depende—interrumpió el doctor—tanto de la raza del hombre como de la provincia. A primera vista se adivina en la forma redonda de la cabeza de sir Henry el entusiasmo céltico y el cariño á su tierra. La cabeza del pobre sir Charles era muy singular. ¿Qué edad tenía usted cuando vió el castillo, sir Henry?

—Aún no había cumplido trece años cuando murió mi padre, y no llegué jamás á ver el castillo. Vivíamos en una casa cerca de la costa y desde allí marché directamente á las Américas. Le aseguro, doctor, que todo es tan nuevo para mí como para el doctor Watson, y que ardo en deseos de conocer el famoso páramo.

—Bien pronto los verá usted satisfechos—contestó el doctor—pues ahí tiene usted el comienzo, como si dijéramos.

Por encima de los verdes campos y de la profunda curva de un extenso bosque, elevábase allá en

lontananza un collado de color pardo y aspecto melancólico. La curva era escabrosísima y destacábase indistinta y vagamente desde aquella distancia como el paisaje fantástico de un sueño.

Baskerville contempló en silencio aquel solitario paraje, donde durante tantas generaciones dominaron los hombres de su sangre y donde tan marcadas habían dejado sus huellas. Fácil era adivinar la emoción que sentía, en tanto que la expresiva mirada de sus ojos denotaba ser verdadero y legítimo descendiente de hombres de ilustre origen y de carácter resuelto, fogoso y dominador.

El tren se detuvo en una estacioncilla á orillas del camino real y nos apeamos. Al otro lado de la empalizada, pintada de blanco, nos esperaba un coche arrastrado por dos magníficas jacas. Nuestra llegada debía de ser un acontecimiento, porque en cuanto pusimos el pie en la estación acudió el jefe acompañado de los mozos para recoger el equipaje.

La aldea era sencillísima, apacible y rústica, y me extrañó mucho que hubiese á cada lado de la entrada de la estación un soldado armado, con uniforme obscuro, los cuales, al pasar nosotros, nos dirigieron una mirada penetrante y escudriñadora. El cochero, hombre de edad avanzada y de rudo aspecto, salió al encuentro de sir Henry y le saludó respetuosamente. Pocos minutos después volábamos por la espaciosa carretera en dirección al castillo de Baskerville.

El camino se hallaba bordeado de magníficos

campos de pasturaje que se elevaban en forma de colinas. Por entre el verde follaje destacábanse los blancos caseríos, ofreciendo un pintoresco cuadro de aldea; pero allá en lontananza aparecía, siempre negra y siniestra, la lúgubre curva del páramo.

Alejándose de la carretera, el cochecillo tomó un camino vecinal á la derecha, y emprendimos la subida por la empinada cuesta, cuya tierra estaba gastada por el paso de vehículos de siglos atrás. A cada lado del camino había bonitos bancos cubiertos de musgo, salpicado de florecillas de diversos colores. Poco después cruzamos un riachuelo de rápida corriente por un estrecho puentecillo, y entramos en un extenso valle cubierto de pequeños robles y abetos.

Por momentos aumentaba el entusiasmo del joven Baskerville, quien lo examinaba todo con cariñoso afán y hacía infinidad de preguntas al doctor Mortimer. A sus ojos todo parecía lindo y bonito; mas para mí había cierta tristeza en aquellas campiñas, que empezaban á señalar la retirada del año viejo. Las hojas mustias y amarillentas alfombraban el camino y llovían sobre nuestras cabezas al pasar por debajo de los árboles, triste saludo, á mi parecer, con que la Naturaleza daba la bienvenida al heredero del castillo de Baskerville.

De pronto dimos vuelta á una colina, y el doctor, incorporándose en su asiento, exclamó con sorpresa:

—¡Hola, hola! ¿Qué significa esto?

Extendíase ante nosotros el primer recorte del páramo con su escabrosa curva. Inmóvil cual una estatua ecuestre colocada sobre su pedestal, destacábase la silueta de un soldado montado que, con el rifle en el antebrazo, vigilaba el camino por donde pasábamos.

—¿Qué es esto, Perkins?

Volviendo la cabeza hacia nosotros, el cochero contestó:

—Es que un presidiario se ha fugado de Princetown. Hace tres días que falta del presidio, y por más que la fuerza pública vigila los caminos y estaciones, aún no se ha conseguido prenderle. Los labradores viven en continua zozobra.

—¿Y por qué? Tengo entendido que el gobierno ofrece cinco libras al que comunique el paradero del fugitivo.

—Sí, señor; pero la promesa de cinco libras vale poco, si se compara con el miedo que les inspira el presidiario. No se trata de un reo cualquiera. El fugitivo es hombre de sentimientos muy perversos.

—¿Sabe usted quién es?

—El autor del horrible asesinato de Notting Hill.

Yo recordaba perfectamente todos los detalles de aquel horrendo crimen, que llamó extraordinariamente la atención de mi amigo Holmes por la ferocidad brutal de que dió muestras el asesino. Tan atrozmente bárbara y cruel fué su conducta, que los jueces llegaron á dudar de que estuviera en sano juicio, y esto fué causa de que se le conmutara la

pena de muerte, á que fué condenado, por la de cadena perpetua.

Bajamos por el otro lado de la colina, y allí se extendió ante nuestra vista toda la solitaria y lúgubre extensión de terreno estéril que formaba el páramo de Dartmoor. Un viento frío y penetrante vino á aumentar la desagradable impresión que nos causaba aquella perspectiva. Para completar el cuadro sólo se necesitaba la idea de que por allí se ocultaba aquel hombre sanguinario y feroz, aquel criminal fugado de presidio. Hasta el mismo Baskerville, que hasta entonces había permanecido alegre y risueño, pareció entristecerse de repente, y sin pronunciar palabra estuvo un gran rato bien envuelto en su abrigo.

Desde lo alto de la colina contemplábamos los fértiles campos que habíamos dejado atrás y que se extendían á nuestros pies. Los rayos oblicuos del sol poniente reflejábanse en los riachuelos, haciéndolos parecer hebras de oro y encendiendo la tierra con sus variados colores. Todo esto formaba vivo contraste con el camino que se extendía ante nosotros y que era cada vez más árido, más agreste y más tético. Cruzamos espaciosos declives sombríos y tristes, cuya monotonía venía á romper á trechos algún enorme peñasco, y entramos por fin en un valle poblado de encinas y robles, por encima de cuyos ramajes achaparrados veíanse dos altas torres. El cochero señaló con la fusta diciendo:

—Las torres del castillo.

Sir Henry se levantó inmediatamente de su asiento, y con marcada ansiedad, púsose á contemplar su futura residencia. Pocos momentos después llegamos á las puertas de la covacha. Eran éstas un laberinto de adornos góticos en hierro labrado, con grandes columnas antiquísimas á cada lado, en cuyos extremos se veía la cabeza de jabalí, armas de la casa Baskerville. La covacha en sí era una ruina de granito negro y vigas descubiertas; pero en la parte opuesta había un edificio nuevo á medio construir, una de las primeras obras, sin duda, de la reconstrucción emprendida por sir Charles.

Por la puerta de hierro pasamos á una larga avenida, en la que los viejos árboles formaban una especie de túnel sobre nuestras cabezas. Baskerville se estremeció al contemplar aquel oscuro camino, á cuyo extremo se destacaba el castillo como un espectro.

—¿Fué aquí?—preguntó en voz baja.

—No—respondió el doctor;—la avenida de Tejos está en el otro lado.

Sir Henry lanzó algunas miradas investigadoras, impresionado por la tristeza y la soledad de aquel sitio.

—No me extraña—dijo luego—que tuviese mi tío presentimientos de mal en un punto tan sombrío y tan lúgubre como éste. No han de pasar seis meses sin que estén colocadas aquí una porción de luces eléctricas, que comenzarán en la puerta de entrada y se extenderán hasta el final de la avenida. Si no

bastasen las lámparas, instalaré algunos focos eléctricos.

La avenida terminaba en un ancho espacio de terreno cubierto de césped, en cuyo centro se hallaba el castillo de Baskerville. Había casi anochecido, pero pude distinguir que era un edificio pesado, con un gran portalón saliente. Abundante hiedra cubría la fachada, excepto las ventanas y las armas de la casa Baskerville.

En el centro elevábanse las dos vetustas torres almenadas y con ventanales. A derecha é izquierda había dos alas más modernas, de granito negro.

Por una de las ventanas, de grandes bastidores, salía una luz tenue, y las altas chimeneas que sobresalían del tejado despedían negras columnas de humo.

—Bien venido sea usted, sir Henry—dijo un hombre alto que se adelantó desde el portalón para abrir la portezuela del coche.

En la amarillenta luz del vestíbulo dibujábase la silueta de una mujer, la cual acabó por acercarse al coche y ayudar al cochero á bajar el equipaje.

—Me dispensará usted, señor Henry, que me vaya directamente á casa—dijo el doctor.—Mi mujer me espera.

—¿Pero se quedará usted á comer?

—Gracias; tengo que irme. Es probable que algún cliente me haya avisado, y no puedo hacerle esperar. Con gusto me quedaría para enseñarle á usted la casa; pero Barrymore es mejor guía que yo.

Adiós, pues, y no vacile usted nunca en enviar por mí, ni de día ni de noche, siempre que pueda servirle en algo.

Apagóse pocos minutos después el eco del rodar del coche, y sir Henry y yo entramos en la casa, cerrándose la puerta detrás de nosotros con un golpe sordo, para encontrarnos en seguida en una espaciosa habitación, de elevado techo, cuyas paredes estaban forradas de pesados cabrios de roble, ennegrecido por el transcurso de los años. En la enorme chimenea ardía un alegre fuego de leña. Estábamos entumecidos por el frío, y con viva satisfacción tendimos las manos para calentarnos. Echamos luego una mirada investigadora en derredor nuestro, y contemplamos con curiosidad las ventanas altas y estrechas con cristales de color, los magníficos entrepaños de roble tallado, las cabezas de jabalí, las armaduras de las paredes, todo confuso y sombrío á la opaca luz de un quinqué.

—Es tal como me lo había imaginado—exclamó sir Henry.—¿Verdad que el aspecto hace recordar los antiquísimos castillos de la historia de Inglaterra? ¡Qué impresión tan profunda me causa el pensar que en esta casa han vivido mis antecesores desde hace quince años!

El semblante de sir Henry se animaba extraordinariamente, con entusiasmo casi infantil, mientras lo contemplaba todo con mirada ansiosa. Barrymore volvía ya, después de haber dejado el equipaje en las habitaciones respectivas, y esperaba las

órdenes con el aire respetuoso y sumiso de un criado bien acostumbrado á sus obligaciones. Era un hombre de arrogante presencia, alto y bien proporcionado, de barba negra, distinguidas facciones y color muy pálido.

—¿Desea el señor que se sirva la comida en seguida?—dijo.

—¿Está lista?

—Lo estará al momento, señor, y aprovecho la ocasión para decir á usted que mi mujer y yo tendremos mucho gusto en quedarnos en casa hasta que usted disponga otra cosa. Tal vez, en vista de las nuevas circunstancias, el señor necesitará...

—¿A qué nuevas circunstancias se refiere usted?

—Quise decir, sir Henry, que sir Charles hacía vida muy retirada, y nosotros bastábamos para atenderle, pero suponía yo que usted necesitará más servidumbre.

—¿Quiere usted decir que desea marcharse?

—Si el señor lo dispone así...

—¿Pero su familia no ha servido á la nuestra durante algunas generaciones? Yo sentiría empezar la vida aquí rompiendo antiguas relaciones de familia.

En el pálido semblante de Barrymore noté señales de profunda emoción.

—También lo sentiríamos nosotros—dijo.—Pero queríamos mucho á sir Charles y su muerte nos impresionó vivamente, hasta el punto de que la casa y sus alrededores los encontramos ya muy tristes: no son los de antes para nosotros.

—¿Y qué piensan ustedes hacer?

—Gracias á la noble generosidad de sir Charles podremos establecer un pequeño comercio, y habíamos pensado retirarnos á la capital de la provincia. Y ahora, señor, sin molestarle más, estoy á sus órdenes. ¿Quiere usted que le enseñe sus habitaciones?

Rodeaba el vestíbulo por la parte superior una ancha galería, á la cual conducía una doble escalera de mármol blanco. Desde la galería extendíanse dos largos corredores, en que estaban situadas las alcobas. La que me habían destinado á mí se hallaba en la misma ala que la de sir Henry y casi contigua. Las habitaciones eran más modernas que el vestíbulo, y el papel claro de las paredes, junto con las numerosas bujías de las arañas, disipaban algo la sombría impresión que recibí á la llegada. En cambio, el comedor, cuya puerta daba al vestíbulo, era el vivo retrato de la soledad y de la tristeza. Era de forma oblícua, y en un extremo el pavimento era más alto que en el otro, formando una especie de plataforma baja, que en algún tiempo serviría para separar el sitio destinado á la familia del que debía ocupar la servidumbre. En el extremo opuesto existía aún la galería para los trovadores. Grandes vigas negras atravesaban el techo de un lado á otro, dejando entrever otro techo más alto, de roble tallado también. Tal vez no hubiera sido tan lúgubre si, como en antiguos tiempos, se le hubiese alumbrado con antorchas; pero entonces, cuando dos hombres

solitarios, vestidos con el severo traje de etiqueta de la época, ocupaban una pequeña mesa, sin más luz que la de una lámpara para todo el inmenso salón, el cuadro no podía ser más tétrico. Desde las paredes nos contemplaban, como desafiándonos, una serie de retratos de los antecesores de sir Henry, con la mayor variedad posible de trajes, desde el de caballero con uniforme á estilo de Isabel de Inglaterra hasta las vestiduras á estilo de la Regencia.

Hablamos muy poco durante la comida, y por mi parte me alegré mucho cuando pudimos pasar al salón de billares á fumar un cigarrillo antes de acostarnos.

—¡Qué casa tan tristenal!—exclamó sir Henry.—Tal vez nos vayamos acostumbrando poco á poco; pero hasta ahora la impresión no puede ser peor. Si le parece á usted, Watson, podíamos retirarnos temprano esta noche, á ver si mañana, con la luz del día, nos parece esto más alegre.

Nos retiramos á nuestras habitaciones, y antes de meterme en la cama me asomé á la ventana y pasé un rato contemplando la lúgubre perspectiva del páramo.

Daba mi ventana al espacio de terreno cubierto de césped que se extendía delante de la casa. Algo más allá, dos grupos de árboles se balanceaban á impulsos del viento que empezaba á levantarse. La luna creciente rasgaba las nubes, y á la pálida luz de sus rayos pude distinguir la silueta curvada del páramo. Por fin, convencido de que mi última impresión

compaginaba con la primera, apagué la luz y me acosté.

No fué, sin embargo, aquella mi postrera impresión. A pesar de hallarme rendido de cansancio no pude conciliar el sueño, y pasé horas y horas dando vueltas en la cama, pensando siempre en la triste muerte de sir Charles.

El único ruido que turbaba el silencio de la noche era el del reloj al sonar las horas. De repente llegó á mis oídos un rumor que me causó no poca sorpresa: fué el sollozo ahogado de una mujer, un hondo suspiro en el que hubiera podido traslucirse un dolor inmenso.

Me incorporé en la cama y me puse á escuchar atentamente. El sollozo no partía de muy lejos; era dentro de la casa indudablemente.

Esperé media hora con la ansiedad que es de suponer, y nada volvió á turbar el silencio de la noche. No se oía otro ruido que el del reloj y el roce de la hiedra contra la pared.

VII

El día siguiente amaneció con un tiempo magnífico, lo que contribuyó en gran parte á que desapareciera de nuestra imaginación la siniestra y triste impresión recibida por nosotros al llegar al castillo de Baskerville. Mientras sir Henry y yo tomábamos el desayuno, el sol penetraba á torrentes por los pintados cristales de las ventanas, llenando el comedor de rayos de luz. Los oscuros entrepaños de las paredes brillaban como hebras de oro. Parecía increíble que aquella fuese la misma habitación de la noche de antes, aquella que tan mal impresionados nos dejó.

—Tal vez nosotros tuvimos tanta culpa de la tristeza como la casa—dijo sir Henry. Estábamos cansados y entumecidos con el frío, así que todo nos pareció mal. Ahora que ya estamos descansados, nos parece todo más alegre.

—No fué sólo eso—contesté.—¿Sintió usted, por ventura, durante la noche un rumor como el queji-do ó el sollozo de una mujer?

—Ahora que me lo recuerda usted, creo que sí le oí. Estuve escuchando un rato grande; pero viendo